

Tercer laberinto: **El lenguaje, "ese loco, loco amor"**

En este tercer nudo vamos a pensar cuáles son las problemáticas que poseemos a la hora de abordar el estudio del lenguaje.

Podemos decir, para empezar, que la lingüística tiene por objeto de estudio al lenguaje humano articulado desde todos los puntos de vista posibles, tanto en forma general como en las formas específicas que se realiza, es decir en la lengua y el habla. Inmediatamente después dar esta definición nos surgen dos interrogantes: el primero es qué entendemos por lenguaje humano y el segundo cuál es la distinción que hacemos en relación a la lengua / habla.

Dado que el lenguaje es algo que está presente cotidianamente en nuestras vidas muy pocas veces nos detenemos a reflexionar sobre él, en ese sentido te proponemos que a partir de las diferentes definiciones propuestas por los teóricos del lenguaje y de lo que pudiste aprender en la escuela juntos intentemos dar una respuesta a las problemáticas que nos convocan.

El lenguaje

Introducción: definición del lenguaje

El habla es un hecho tan familiar de la vida de todos los días, que raras veces nos preocupamos por definirla. El hombre la juzga tan natural como la facultad de caminar, y casi tan natural como la respiración. Pero sólo hace falta un instante de reflexión para convencernos de que esta "naturalidad" del habla es una impresión ilusoria. El proceso de adquisición del habla es, en realidad, algo totalmente distinto del proceso de aprender a caminar. En este último caso, la cultura —o, en otras palabras, el conjunto tradicional de hábitos sociales— no entra propiamente en juego. Cada niño está preparado, por el complejo conjunto de factores que llamamos herencia biológica, para realizar todas las adaptaciones musculares y nerviosas que producen el acto de caminar. Puede decirse, de hecho, que la misma conformación de los músculos y de las partes pertinentes del sistema nervioso está adaptada desde un principio a los movimientos que se hacen al caminar y al llevar a cabo actividades análogas. En sentido muy concreto, podemos decir que el ser humano normal está predestinado a caminar, no porque sus mayores lo ayudarán a aprender este arte, sino porque su organismo está preparado, desde el nacimiento, y aun desde el momento de la concepción, para realizar todos estos desgastes de energía nerviosa y todas esas adaptaciones musculares que dan origen al acto de caminar. Dicho sucintamente, el caminar es una función biológica inherente al hombre.

No así el lenguaje. Es claro, desde luego, que en cierto sentido el individuo está predestinado a hablar, pero esto se debe a la circunstancia de que ha nacido no sólo en medio de la naturaleza, sino también en el seno de una sociedad que está segura —y con toda razón— de hacerle adoptar sus tradiciones. Eliminemos la sociedad, y habrá todas las razones para creer que aprenderá a caminar, dando por supuesto que logre sobrevivir. Pero igualmente seguro es que nunca aprenderá a hablar, esto es, a comunicar ideas según el sistema tradicional de una sociedad determinada. O, si no, separemos al individuo recién nacido del ambiente social a que ha llegado y transplantémoslo a un ambiente totalmente distinto. Desarrollará el arte de caminar, en su nuevo medio, más o menos como lo hubiera desarrollado en el antiguo. Pero su habla será absolutamente diversa del habla de su ambiente primitivo. Así, pues, la facultad de caminar es una actividad humana general que no varía sino dentro de límites muy circunscritos, según los individuos. Su variabilidad es involuntaria y sin finalidad alguna. El habla es una actividad humana que varía sin límites precisos en los distintos grupos sociales, porque es una herencia puramente histórica del grupo, producto de un hábito social mantenido durante largo tiempo. Varía del mismo modo que varía todo esfuerzo creador, quizá no de manera tan consciente, pero en todo caso de modo tan verdadero como las religiones, las creencias, las costumbres y las artes de los diferentes pueblos. El caminar es una función orgánica, una función instintiva (aunque no, por supuesto, un instinto en sí mismo); el habla es una función no instintiva, una función adquirida, "cultural".

El lenguaje es un método exclusivamente humano, y no instintivo, de comunicar ideas, emociones y deseos por medio de un sistema de símbolos producidos de manera deliberada. Estos símbolos son ante todo auditivos, y son producidos por los llamados "órganos del habla". No hay en el habla humana, en cuanto tal, una base instintiva apreciable, si bien es cierto que las expresiones instintivas y el ambiente natural pueden servir de estímulo para el desarrollo de tales o cuales elementos del habla, y que las tendencias instintivas, sean motoras o de otra especie, pueden dar a la expresión lingüística una extensión o un molde predeterminados. La comunicación, humana o animal (si acaso se puede llamar "comunicación"), producida por gritos involuntarios instintivos, nada tiene de lenguaje en el sentido en que nosotros lo entendemos.

Edwar Sapir fragmentos del capítulo I de *El lenguaje*,
Fondo de Cultura Económica, México, 1954 (original de 1921).

Actividad Uno

Lean atentamente el texto de Edwar Sapir y elaboren un registro escrito con las ideas que vayan surgiendo en relación con la lectura

¿Qué interrogantes o pensamientos le suscitan?

¿Qué le parece interesante?

¿Qué problemas o dificultades de lectura aparecen?

a) Produzcan un glosario en torno a: términos que aparecen con mayor frecuencia, términos que no comprende. Anoten donde aparecen tales términos y como son utilizados. Defínalos con sus propias palabras y después busquen la definición en el diccionario. Comparen ambas definiciones y escriban sus conclusiones.

b) ¿Qué relaciones pueden establecer desde la lectura que han efectuado con lo que sabían del tema?

Actividad Dos

Teniendo en cuenta la actividad Uno respondan las siguientes preguntas:

a) ¿Para Sapir la adquisición del habla es un hecho natural de los seres humanos o una construcción dada por la cultura?

b) ¿Qué características posee el habla para Sapir?

c) ¿Cómo define Sapir el lenguaje?

Lengua / Habla

Como hemos visto el lenguaje posee dos entidades: el acto lingüístico y la lengua o sea el sistema al que el acto corresponde.

La expresión específica del lenguaje se materializa en la acción concreta de hablar, cuando empleamos en la comunicación uno o varios signos del lenguaje: la palabra, una frase o un texto.

En este sentido, la lengua es un sistema de signos articulados comprobado en una comunidad de hablantes. También, es una convención social, un acuerdo que hace una población determinada para poder entenderse, que varía según el número de individuos que la componen y las características territoriales en donde se encuentra dicha comunidad.

El habla o acto lingüístico es la puesta de manifiesto de la lengua en un acontecimiento individual cuando nos comunicamos. Ahora, dicha relación entre lengua y habla no es tan simple como parece.

Para poder trabajar concretamente los puntos que estamos revisando, te proponemos que analicemos un texto periodístico que involucran a la lengua española y sus hablantes.

Aprender el "español correcto", *Revista Ñ* 09/09/2011

Un poeta peruano refiere su experiencia como profesor de lengua y su trabajo con los hijos de los inmigrantes hispanoamericanos que creen que la lengua de sus padres no es tan buena como la de España.

Eduardo Chirinos

La escena ocurrió el primer día de clase. Pasé lista y, tal como tenía previsto, me enfrenté con una imaginativa combinación de nombres ingleses y apellidos españoles. La mayoría decía "presente, maestro" haciendo vibrar la /r/ sin redondear los labios, como lo aprendieron de niños para pronunciar "Pérez", "Hernández" o cualquiera de esos apellidos que me hicieron sentir como si estuviera en Lima. Pero esa sensación duró poco. Era mi primer año como instructor de español en la Universidad de Rutgers (New Jersey), y me habían asignado una clase de "hablantes nativos". Entonces no tenía mucha idea de lo que significaba ser "hablante nativo", pero me bastó pasar lista para darme cuenta de que no se trataba de una categoría homogénea. Para aclarar el panorama, decidí conversar con ellos sobre cualquier tema con la excusa de escucharlos hablar. Casi todos se expresaban bastante bien, y si alguna vez incurrían en un anglicismo se disculpaban con un cantito que dejaba adivinar sus orígenes puertorriqueños, cubanos, dominicanos e incluso peruanos. Más confundido de lo que ya estaba, les pregunté por qué se habían matriculado en esa clase. "Para aprender el español correcto", contestó un estudiante. "Eso lo sé", le dije, "¿pero, qué entiendes tú por 'español correcto'?". Su respuesta fue tajante: "el español de España". En ese momento me di cuenta de la tarea que me esperaba. No se trataba solamente de enseñarles la diferencia entre pretérito e imperfecto, el uso del subjuntivo, o la acentuación de tal o cual palabra, sino de hacerles ver que su condición de usuarios del español en un escenario como la Costa Este los convertía en actores de una situación cultural sin precedentes.

Al ser esencialmente oral y callejero, el español de esos chicos no había desarrollado las áreas de lectura ni escritura. Era extraño que la creatividad que demostraban al hablar se transformara en una penosa torpeza a la hora de escribir y leer un texto en voz alta. Todos sabemos que se trata de habilidades distintas, pero el problema era que se percibían a sí mismos como hablantes de segunda categoría, y al español como una lengua que socialmente era mejor ocultar. Conforme pasaron los días, la clase se convirtió en un espacio donde esa lengua vergonzosa era la única en la que nos comunicábamos, y muy pronto se animaron a hablar acerca de su experiencia cultural. Parte de esa confianza se dio porque me presenté ante ellos como peruano, pero debo reconocer que su prejuicio les jugó una mala pasada: cuando les pregunté de dónde creían que era, todos me contestaron que de España. En la fantasía de esos estudiantes el que su instructor fuera español les garantizaba depurar el idioma de las corrupciones sufridas en tierras americanas. De paso, me convertía en el poseedor de un saber prestigioso que me apartaba de ese grupo de personas para

las cuales hablar español era excluirse automáticamente del main stream . A fin de cuentas, se trataba de hijos de inmigrantes que decidieron abandonar sus países en pos del sueño americano. Y ese sueño, ya se sabe, sólo se sueña en inglés. No sé si sufrieron una decepción al enterarse de que mi español era tan "impuro" y "corrompido" como el de ellos (de plano les dije que no iba a usar el vosotros sino el ustedes , y que no los obligaría a distinguir fonéticamente la /s/ de la /z/). De lo que sí puedo dar fe es que, además de sorprenderse, les alivió comprobar que no era necesario haber nacido en España para enseñar español, lo que significaba, en buena cuenta, que podían ser tan competentes como cualquier hablante peninsular.

¿Por qué esa obsesión con el español de España? Tal vez sin proponérselo, la academia norteamericana fomenta esta obsesión al llamar "español" a la lengua que los hispanoamericanos preferimos llamar "castellano". Es como si cada uno de los millones de mexicanos, argentinos, guatemaltecos y paraguayos supiera íntimamente que España es una diversidad lingüística y que de esa diversidad, el castellano fue la que le tocó en suerte. Para nosotros, decir "castellano" es una manera de particularizar regionalmente nuestro origen y afirmar nuestra diferencia. En los EE.UU. la figura es distinta. Si bien hay extensas zonas del suroeste donde el bilingüismo es la norma, la enseñanza del español se inició en 1813, cuando George Ticknor ocupó la prestigiosa "Cátedra Smith" de francés y español en Harvard. Su tarea fue continuada por el historiador William H. Prescott y el poeta Henry W. Longfellow, el primero en traducir al inglés las Coplas de Jorge Manrique. Este último dato es importante: las clases impartidas por estos pioneros no tenían como finalidad el aprendizaje del español, sino la interpretación de textos literarios traducidos en muchos casos al inglés. Si incluso para nosotros la distinción entre "español" y "castellano" no es pertinente en literatura, se entiende que los programas y departamentos norteamericanos hayan mantenido ese nombre.

Poco a poco, mis estudiantes fueron tomando conciencia de que hasta la más mínima noción gramatical aprendida en clase tenía un sesgo cultural e ideológico. Se trataba de recuperar una lengua que muchos de sus padres dejaron atrás junto a un pasado traumático que, con toda razón, no querían para sus hijos. El sólo hecho de que esos muchachos y muchachas asistieran a la universidad era una señal de que los fantasmas de sus padres se estaban desvaneciendo y que en el futuro gozarían de oportunidades negadas en su país de origen. Pero ya sabemos que los fantasmas no se desvanecen así tan fácilmente. Que el español sea más popular que el francés, el alemán y el ruso en las escuelas y universidades norteamericanas suele explicarse por el declive de la influencia francesa, la derrota alemana en las dos guerras mundiales y el fin de la Guerra Fría; pero hay otras razones que tienen que ver con lo que llamaría "emotividad histórica". A diferencia del alemán y el ruso (y en nuestros días el árabe), la enseñanza del español nunca fue parte de una política gubernamental de defensa, sino una estrategia de acercamiento a una minoría cada vez más decisiva en todos los ámbitos de la cultura norteamericana. Para el caso de los hijos de los inmigrantes hispanos, recuperar la lengua de sus abuelos era la única manera de preservar una identidad confusa y no sentirse absorbidos por la violenta homogenización que exige el main stream .

La alusión a los abuelos no propone ninguna metáfora familiar. Cuando les pedí a mis estudiantes que escribieran una composición acerca de su primer contacto con la lengua española, ninguno mencionó las canciones de Shakira ni las de Ricky Martin. Todos, sin excepción, escribieron acerca de su abuela (o abuelo) que los cuidaba cuando eran niños mientras sus padres se iban al trabajo. Fue gratificante comprobar que para muchos de ellos el salón de clase era una extensión de ese vínculo. Y que comprendieran que el único bien cultural que se resiste a ser propiedad privada es el lenguaje.

Actividad Tres

A partir de las consignas de la actividad Uno elaboren una paráfrasis del texto que hemos compartido.

- a) ¿Cuáles son las problemáticas que surgen en relación a la enseñanza de la lengua española y la relación lengua/ hablantes?
- b) Qué relación puede establecer con este texto y lo trabajado en este nudo.